

Jesús Gallardo, caminante del Bajío

José Antonio Gallardo Frade
María José Gallardo Rubio

SEMBLANZA

José de Jesús Gallardo Carrillo (11 de diciembre de 1931–12 de octubre de 2018), mejor conocido como Jesús Gallardo, fue un artista plástico de origen guanajuatense y continuador del paisajismo mexicano junto con Luis Nishizawa, Héctor Cruz, Nicolás Moreno y Feliciano Peña, considerados como los herederos del paisajismo mexicano.

Egresado de la ENAP (Escuela Nacional de Artes Plásticas), Gallardo fue un estudiante laborioso y entusiasta, de un notable desempeño académico que no dejó escapar oportunidad alguna para compenetrarse en esta difícil disciplina. Así, cuando Diego Rivera pintaba los murales para Palacio Nacional, Gallardo no desaprovechaba la ocasión y observaba detenidamente el trabajo de Rivera.

Jesús Gallardo fue un artista incansable tanto en su producción artística como en su labor educativa. En 1953 ingresó como docente a la Universidad de Guanajuato —trabajo que se prolongaría por más de tres décadas— donde impartió talleres y fundó la Escuela de Artes Plásticas y a través de la cual presentaría más de 100 exposiciones colectivas en Argentina, Estados Unidos, Israel, Japón, El Salvador y México.

En 1957, cuando Gallardo tenía 26 años, Miguel Álvarez Acosta, director del Instituto Nacional de Bellas Artes le encargó la realización de una copia de *El Valle de México* de José María Velasco; reto que enfrentaría con la disciplina y diligencia que le exigía el oficio al cual dedicaría su vida. Impresionado por la calidad de su trabajo, el Dr. Atl auguró a Gallardo su consolidación como paisajista por su capacidad y sensibilidad, que a la postre resultaría en un discurso congruente de la interpretación personal del paisaje del Bajío, principalmente. Fueron tales sus

expectativas, que el propio Atl auspició la primera exposición individual de Gallardo en la ciudad de México en el Salón de la Plástica Mexicana (INBA).

Recientemente, el 28 de febrero de 2019, la Universidad de Guanajuato le hizo un reconocimiento *post mortem* con el Doctorado Honoris Causa por sus excepcionales aportaciones al ámbito artístico y educativo. Para el maestro José de Santiago Silva, la trayectoria de Jesús Gallardo se condensa en “pintor, paisajista, educador y muralista de excelencia”.

EL PAISAJISMO MEXICANO

El paisajismo mexicano, que tanta notoriedad ha logrado alrededor del mundo, tuvo al inicio un desenvolvimiento circunstancial. Durante el Virreinato el paisaje sólo cumplía la función de contextualizar un tema, ya sea como fondo o referencia. A principios del siglo XVII aparecen ejemplos de paisaje rural, urbano y marino en la pintura de biombos; aun así, es posible trazar una línea de eventos y personajes que fueron consolidando el género hasta convertirlo en lo que es actualmente. Un primer acercamiento fue el del alemán Juan Moritz Rugendas, quien a su llegada a México en 1831 ejecutó una serie de dibujos y acuarelas sobre los diversos aspectos de la vida y geografía mexicana como parte del asombro por el nuevo mundo.

Daniel Tomás Egerton y Carlos Bowes continuarían el incipiente entramado del género. Egerton pintó escenas de Guanajuato, Zacatecas, Veracruz y probablemente fue el primero en realizar un paisaje del Valle de México. Bowes, por su parte, pintó escenas de Guanajuato. Sin embargo, fue con la llegada del paisajista italiano Eugenio Landesio (1855) que se configuró la escuela, pero no fue sino hasta José María Velasco que se consolidó y estableció la orientación de la enseñanza del paisaje en México. A estos personajes les siguen Francisco Goitia y el Dr. Atl —discípulos de Velasco—, con una extraordinaria factura en la realización de sus obras y que juntos formarían ya un linaje de paisajistas mexicanos. La siguiente generación es continuada por Luis Nishizawa, Héctor Cruz, Nicolás Moreno, Feliciano Peña y Jesús Gallardo.

LA OBRA

Los trabajos iniciales de Gallardo estaban dominados por siluetas bien definidas, saltos cromáticos importantes, contrastes abruptos entre luces y sombras, y una saturación de color que recuerda las pinceladas cargadas y densas del expresionismo. *Surcos* (1953) es un paisaje definitorio. La influencia del Dr. Atl es palpable.



El río, óleo sobre tela, 1957, 120 x 80 cm, Colección Tiburcio Álvarez.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.



Barranca de Huentitán, Jal., óleo sobre tela y madera, 105x210 cm, 1972. Colección Antonio Varela Amaya.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.





*Retrato de Paula Gómez Lomelí, 1949 circa, óleo sobre tela. Colección Martín del Campo Miranda.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.*

En este paisaje hay gran viveza técnica, cierto descontrol en el trazo y explosividad en el color, especialmente en el tratamiento del cielo, como si cobrara vida frente al espectador. Cuadros como *Tierra colorada* (1954), *Meseta de Calderones* (1957), *El río* (1957), *Paisaje del bajío* (1960) y *Tormenta* (1967) son obras insignes de esta primera época paisajística.

Ya denotan el despunte de realismo en su estilo, la búsqueda de perspectivas y composiciones de gran amplitud, a vuelo de pájaro, que satisficieran la necesidad contemplativa del Bajío; una necesidad de domar encrespadas colinas, arriesgados ángulos en las rocas, las rugosidades de los árboles, la ligereza de las nubes; una necesidad que lo apremiaría hasta el final. Fue en este periodo que se afirmó el proyecto paisajístico que con los años se volvería su sello pictórico.

En los bodegones y naturalezas muertas exploró otro tipo de composición y tratamiento de la realidad. En *Granadas de mi jardín* (1993), *Florero I* (1998), *Peras I* (1997) y *Naranjas* (1980) se observa una faceta paralela y complementaria del paisajista; hay una simetría limpia y equilibrada, totalmente contraria a la disposición azarosa de la naturaleza. En ellos representa objetos hechos por el hombre, artificiales, ajenos a la esencia y comportamiento de lo que suele pintar. Gallardo hace descansar los objetos para que cobren presencia en el cuadro; sus pescados, flores, frutas, lo obligan a ensayar texturas, incidencias de luz, formas compositivas y de perspectiva que no se encuentran en la apertura y exterioridad de un paisaje natural. Hay dos bodegones con tema religioso, *Cristo con ofrenda* (2006) y *Cardos con imagen* (2005), que muestran efigies e imágenes sacras, morteros, planchas de carbón, flores; símbolos de fe, significativos en su deixis, y que servirían como ensayos visuales, ejercicios preparativos, para los murales que haría después.

Hacía gran cantidad de dibujos a lápiz y carbón, la mayoría bocetos y apuntes para próximos paisajes, y otros como obras terminadas. En todos es notable el acabado y fineza de las líneas, a través de las cuales logra efectos sensibles con los mínimos elementos. *Gran huítlacoche* (1995) y *Pescado* (1994) muestran el detalle y complejidad de las líneas y pliegues, los distintos planos. Gallardo dibuja con el análisis, precisión y fidelidad de la ilustración científica, pero con la sensibilidad de un artista. Los tumores bulbosos del hongo, la compleja estructura de las escamas y los huesos del pescado.

En su trabajo en torno a la figura humana –los desnudos y estudios al carbón que suele hacer de asurados y esfumados– encontró otro tipo de paisaje que exploró con esforzados exámenes. El retrato de *Josefina Echánove* (1967) y los dibujos preparatorios para el mural de la Casa Municipal de León, Guanajuato, muestran su capacidad de representación figurativa de la anatomía. Trazos que en su espontaneidad revelan disciplina y práctica.

Destaca el retrato de *Doña Luz Jiménez* (1951), modelo de Diego Rivera, Edward Weston, Alfaro Siqueiros, Luis Nishizawa, entre otros, símbolo de belleza e identidad indígena mexicana. En esta obra ya se aprecian el conocimiento y ejercicio del trazo anatómico, además del tratamiento monocromático en grandes zonas del encuadre; técnica que precisará en sus paisajes.

Una serie particular e irrepetible en su obra –tal vez sólo en sus grabados– es *Réquiem* de 1972, donde retrata las momias del antiguo cementerio de Guanajuato como reflejo y catarsis de una época dolorosa para el pintor. Así mismo, la temática que ronda sus grabados muestra su visión del pueblo guanajuatense: personas, casi sombras, que resisten el paso del tiempo, la pobreza y la decadencia. En el aguafuerte titulado *Soledad* (1965) se aprecia a una vieja, doblada por el peso de los años, caminando a lo largo de un raído e infranqueable muro, acompañada de dos perros. *La vieja de las calaveras* (1969) y *Diálogo* (1969-1970) son igualmente desoladores.

O la nostálgica arquitectura colonial guanajuatense de los subterráneos y edificaciones antiguas. *Paisaje nocturno* (1968), *Recuerdo de Guanajuato* (1963) y *Chimeneas* (1964) son auténticos *memento mori* de un pueblo deteriorado y petrificado. Estas obras son en su mayoría paisajes nocturnos, ruinas sombrías que recuerdan la grandeza del pasado minero guanajuatense, siluetas pétreas del valor simbólico y emocional de Guanajuato. Sus grabados son el retrato descarnado y profundamente solidario de un lugar que reconoce como propio.

A partir de mediados de los años ochenta hubo un cambio drástico en su estética, comenzó una época de transición donde simplificó las formas, diluyó los contornos de las cosas, atenuó sus colores y limpió de elementos sus encuadres. Su virtuosismo realista, la representación fidedigna y la observación meticulosa de los detalles llegaron a una maestría técnica superior.

Al estilo del paisajismo romántico, Gallardo retrató el dramatismo de la naturaleza y sus correspondencias con el estado anímico del paisajista. Disfrutaba pintando horizontes abiertos y lejanías, localizando escenarios donde hubiera algún elemento insólito: rocas, pastizales, barrancas, arboledas y montañas. El Bajío fue para él un universo exploratorio, una fuente constante de imágenes de las que sentía la poderosa necesidad de capturar. Pintó gran cantidad de espectáculos naturales, como *Horizonte* (1991), *La ciudad de Guanajuato* (1995), *Cañada de pozuelos* (1993), *Rocas en silencio* (2005-2006) y *La rumorosa* (1979), ante los cuales el espectador experimenta la admiración romántica de sentirse tan ínfimo frente a la naturaleza.

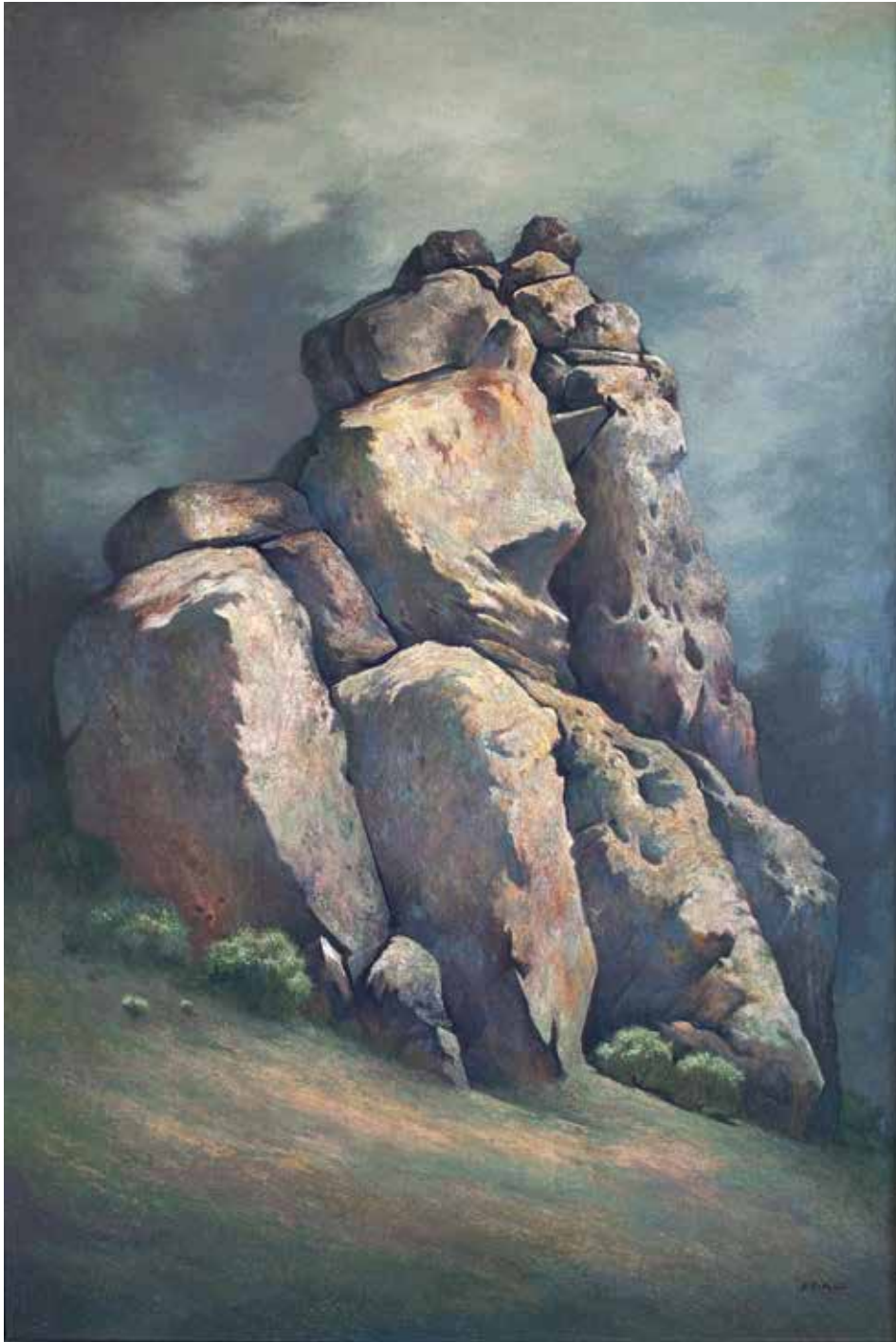
Contrario a este ánimo de amplitud y lontananza, hay paisajes más introvertidos e íntimos, donde la aridez de los campos y la tierra se refrescan en las arboledas y la vegetación. Véase *Barranca de Huetitán, Jal.* (1972), *Arboleda de Cuevas* (1996) o *La Bufa en la niebla* (1995). La paleta de color de Gallardo oscilaba entre los



La Rumorosa, 1979, óleo sobre tela, 122 x 142 cm, Colección Antonio Lomelí Guerra.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.



Surcos, óleo sobre masonite, 122x183 cm, 1953. Colección particular.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.



Rocas sobre rocas, 1961, óleo sobre tela, 150x100 cm, Colección Adolfo Gómez Hernández.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

diáfanos azules, morados y grises de sus cielos; los verdes vibrantes u opacos de su vegetación, la calidez de los amarillos y dorados de sus pastizales; hasta los ocres y rojos terrosos de su tierra tostada.

El paisajismo le exigió un ojo minucioso, una memoria poderosa y una capacidad estilística que unificara su percepción y ejecución en una síntesis emocional y analítica.¹ Su contribución a la pintura mexicana radica en la continuación de la tradición paisajística y en la apasionada representación de su visión del Bajío y del pueblo guanajuatense. Creó su propio imaginario a partir de la ciudad de Guanajuato, las haciendas mineras, los túneles y subterráneos, el Cerro de la Bufa, la Meseta de Calderones, de León, Yuriria, Bernal, hasta la Rumorosa y la Barranca del Cobre.

Es la proyección del arraigo a su tierra y a la vida, la maestría que logró en diferentes géneros, y el nivel de abstracción y simplificación que alcanzó hacia el final de su producción, lo que confirmó su lugar en la pintura mexicana.



Cielo nublado, 1998, óleo sobre tela y madera, Colección particular
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

1 Santiago Silva, José de (2011), *Jesús Gallardo Carrillo y el alma del Bajío. Estudio monográfico*. Ediciones La Rana/Universidad de Guanajuato, Guanajuato.



Tormenta, 1967, óleo sobre tela, 122 x 183 cm, Colección Ernesto Gómez Hernández.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.



Paisaje del bajo, 1960, óleo sobre tela, 122 x 183 cm, Colección Adolfo López Hernández.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.



Apunte de desnudo, óleo sobre tela, 65x65 cm, 1975, Colección particular.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

JOSÉ ANTONIO GALLARDO FRADE. Licenciado en Diseño Industrial por la UNAM, maestro y doctor en Diseño por la UAEMex. Profesor en la Facultad de Diseño y Arquitectura de la UAEMex, profesor de cátedra en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores campus Toluca. Presidente del AMEXINC (Asociación Mexicana de Investigadores del Color). Autor del libro *El color en el diseño industrial*, publicado por Editorial Trillas.

MARÍA JOSÉ GALLARDO RUBIO. Licenciada en Letras Latinoamericanas por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM). Sus intereses académicos se centran en la literatura hispanoamericana del siglo XX, estudios comparados, teoría del arte y traducción literaria. Colabora en los periódicos *Primero Editores* y *Estampa Media*.